

LA CRUZ ASTRAL

Revista Mensual de Estudios Psicológicos y Ciencias ocultas.

Se reparte gratis y se envía a quien lo solicite.

REGISTRADO EN EL CORREO COMO ARTICULO DE 2a. CLASE EL 14 DE NOVIEMBRE DE 1912.

Oficina: 2a. de Nuevo México, 49. Ap. 138 Bis. Tel. Eric. 6854.

Director: MANUEL VARGAS AYALA.

Jefe de Redacción: JOSE R. MUÑOZ.

REDACTORES:

Augusto F. Gerlin.

Aurelio Macías Z.

Dr. A. Krumm Heller.

César Morán.

Fernando Orozco y Berra.

Carlos J. Best.

Luis G. Rubín.

Mateo Lujanbio.

José Antonio Garro.

Sra. Teresa F. de Isasi.

José Quevedo.

Administrador: SILVESTRE GARZA.

SUMARIO:

¿Qué es en resumen nuestra doctrina?—Filosofía Vedanta (El Microcosmo) — La Voluntad. — ¿Nuevo Mesías?—Plano Astral.—Gracias. — De Administración.—Lo que piensa Jacinto Benavente sobre el Espiritismo y la Teosofía.

1872-1893

LA CRUZ ASTRAL

REVISTA DE ESTUDIOS PSICOLOGICOS Y CIENCIAS OCULTAS

No hay religión más elevada que la verdad.

Hacia Dios por el bien y por la ciencia.

Director: MANUEL VARGAS AYALA.

Jefe de Redacción: JOSE ROMANO MUÑOZ.

OFICINAS: 2a. de Nuevo México, Número 49.—Apartado
Número 138 bis.

"LA CRUZ ASTRAL" verá la luz pública los días primero de
cada mes y su reparto será gratis.

¿Que es en resúmen nuestra doctrina?

EL ESPIRITU.

La historia del mundo nos enseña, sin género de duda, que, desde todos los tiempos la humanidad admitió siempre, hasta hacer de ella una verdad genérica, la existencia en el hombre de dos principios esenciales constitutivos; uno visible, material, tangible, corruptible; el cuerpo, y otro, independiente de aquel, invicible, incorporeo, intangible, incorruptible: el alma, el espíritu, el Yo humano. Así nos lo hacen saber las tradiciones de todos los pueblos, conservadas de viva voz de generación en generación o consignadas en monumentos que nos responden de la veracidad de las tradiciones orales.

Substancialmente participamos de la misma doctrina con la diferencia de que nuestro concepto del Yo es muchísimo más amplio que el antiguo concepto, que bien podemos llamar rudimentario, y con la diferencia también de que la antigua creencia, o bien dimanaba de las enseñanzas de algunos de los grandes Instrutores de la humanidad o había sido sorprendida por ese admirable instinto que guía a ésta última a través de la obscuridad de los grandes problemas del destino y del ser, mientras que nosotros la aceptamos basándonos no sólo en esa seguridad íntima, indestructible, que es como una voz interior que nos dá seguridades que no puede darnos ningún proceso razonador, sino en las

pruebas, en las seguridades de orden testimonial, experimental y filosófico, que constituyen la base moderna de la gran doctrina Espiritualista.

Para nosotros, el Espíritu es un principio independiente, inmortal, incorpóreo. *esencialmente divino*, al cual el cuerpo con todos sus órganos, conocidos y desconocidos, sirve únicamente de vehículo para su manifestación material. Y si nos remontamos un poco hasta llegar al terreno de la filosofía trascendental, diremos que el Yo o principio immanente superior del Hombre, es una condensación del Espíritu Universal Omnisciente, Omnipotente, en un núcleo individual cuyo centro es un cuerpo y cuyo radio de acción es el infinito, (1) de la misma manera que los mundos no son otra cosa que enormes condensaciones de materia cósmica al rededor de un núcleo formado por el choque de dos corrientes vitales contrarias, que ocasionan los grandes remolinos nebulares o grandes centros de condensación sideral.

Ahora, vamos por partes. En primer

[1] No resistimos a la tentación de estampar aquí la admirable síntesis que ha hecho uno de los más conspicuos espiritualistas: "El hombre es un círculo cuyo centro es su cuerpo y cuya circunferencia es el Infinito, y Dios es otro círculo cuya circunferencia es el Infinito y cuyo centro está en todas partes."—N. de la R.

lugar, trataremos de explicar el significado de nuestros términos porque de ese modo habremos andado sin duda la mitad del camino.

Decimos que el Espíritu es *independiente* porque eso es obvio; no hay más escuela que la positivista que niega lo anterior, y a sus partidarios nos prometemos dedicarles un artículo por separado próximamente.

Decimos que es *inmortal* y con eso significamos que nunca ha empezado a *ser* ni nunca habrá dejado de *ser*; siempre ha *sido*. Eso no quiere decir que no haya habido un instante en que haya empezado a *existir*; claro que eso sí, puesto que por *existir* entendemos *manifestarse* es decir, pasar de su *ser-esencia* a su *estado-manifestación*, o lo que es lo mismo, pasar del mundo de las causas al mundo de los efectos, de lo no-manifestado a lo manifestado, de lo absoluto a lo relativo, de la idea abstracta a la forma concreta. Esto se realiza mediante un proceso infinito de involuciones y evoluciones, durante cada una de las cuales el Yo se manifiesta de una manera siempre *diversa* aunque siempre *mejor*. Para comprender esto pongamos un ejemplo: el día. ¿Qué es el día? Un conjunto de circunstancias, sol, luz, mañana, mediodía, tarde, noche; total, luz que nace, luz que brilla en todo su esplendor, luz que muere, luz que aguarda una nueva oportunidad de realizar el anterior proceso, proceso que se repite desde que el mundo es mundo, con la circunstancia de no haber un día igual a otro día. Veamos ahora: ¿qué es el Espíritu? Una parte del Gran-Todo que en ciclos determinados hace su involución al mundo de las formas para evolucionar y volver más tarde a Aquel de donde ha salido, siempre en forma distinta de la anterior pero siempre mejor, y así sucesivamente, infinitamente, por los siglos de los siglos. El que esto escribe es Espíritu en la Etapa-Hombre de su manifestación.

Decimos, también, que es *incorpóreo*; fijáos bien, *incorpóreo*, no *inmaterial*. Sabemos que en la manifestación del Gran-Todo entran en juego tres componentes: Inteligencia, Fuerza y Materia.

¿Podemos decir que el Yo es sólo Inteligencia, así, abstractamente? No. ¿Es sólo Fuerza? No. ¿Es sólo Materia? No. Sin embargo, nadie sería tan insensato de decir en donde acaba la Materia para convertirse en Fuerza, ni en donde acaba la Fuerza para transformarse en Inteligencia. Si, pues, sería estúpido afirmar que el Yo es Materia, lo es tanto afirmar que es *inmaterial*.

Decimos, por último, que es esencialmente *divino*. Creemos que basta la exposición anterior para comprender por qué lo decimos.

Nuestro concepto, como se vé, difiere esencialmente del concepto católico, ya que, según éste, el Yo o Espíritu es un principio creado, es decir, sacado de la nada, por Dios, a su propia imagen, en el instante mismo, o cosa así, de la formación del cuerpo del hombre en el seno de su madre, principio que, al desaparecer el cuerpo, entrará en un estado de consciencia espiritual especial cuya principal actividad radicará en la percepción de una dicha o de un dolor cuantitativa y cualitativamente infinitos, y de duración asimismo infinita.

Difiere así mismo del concepto positivista o materialista según el cual lo que llamamos Yo o Espíritu del Hombre, no es otra cosa que el conjunto de actividades producto de las múltiples y maravillosas vibraciones de la materia de que se compone éste último, manifestadas en las formas de vitalidad, sensación, inteligencia, sentido moral y otras, y cuyo centro motor o director reside principalmente en el cerebro y en los grandes centros nerviosos.

Desde luego, el primero de los dos conceptos anteriores aparece a los ojos del más lego de nuestros estudiantes, como notoriamente rudimentario y primitivo. El segundo, en cambio, con ser asimismo extraviado, tiene el mérito de representar un colosal esfuerzo que la ciencia oficial ha hecho, de buena fé, en este siglo de la radioactividad y de la plasmogenia, por arrancar a la esfinge el secreto que guarda entre sus labios siempre mudos, y la cual no hablará, no, a aquellos que intenten forzar su silencio valiéndose-

se del microscopio o del cálculo infinitesimal, sino a aquellos que ayunos de toda petulancia científica, se apartan de su voz y abran sus oídos internos a la verdad, cuando ésta pase rozando suavemente sus almas, con la misma suavidad con que el viento extiende su caricia al barrer las cementeras en la calma ritual del mediodía.

Nos proponemos analizar en posteriores artículos los dos aspectos de la cuestión, tal como los dejamos enunciados

arriba, porque es nuestro propósito dar oportunidad a quienes lo necesiten de apreciar conscientemente la brillantez y el esplendor de los principios filosóficos que forman el alma de la doctrina del Espiritu, preparándoles así el terreno que habrá de guiarles más tarde por los tortuosos senderos del discipulado hasta la cúspide de la Iniciación, meta del espíritu humano en su peregrinación planetaria.

JOSE ROMANO MUÑOZ.

FILOSOFIA VEDANTA

EL MICROCOSMO

✿ POR ✿

SWAMI VIVEKANANDA.

La mente humana necesita por naturaleza salir al exterior; la mente, diríamos, necesita asomarse al exterior del cuerpo, por los canales de los órganos. El ojo tiene que mirar, el oído tiene que oír, los sentidos tienen que sentir el mundo externo; y naturalmente las bellezas y sublimidades de la naturaleza es lo primero que cautiva la atención del hombre. Las primeras preguntas que el alma humana formuló, fueron acerca del mundo externo. La solución de los misterios fué pedida al firmamento, a las estrellas, a los cuerpos celestes, a la tierra, a los ríos, a las montañas, al océano, y de esto hallamos señales en todas las religiones antiguas y vemos cómo la vacilante mente humana se aferra a todas las cosas externas. Hay un dios de los ríos, un dios del firmamento, un dios de las nubes, un dios de la lluvia; todo lo externo, todo lo que ahora llamamos poderes de la naturaleza, se metamorfoseaba, se transfiguraba en voluntades, en dioses, en mensajeros celestiales. A medida que la cuestión se hizo más y más profunda, esas manifestaciones externas dejaron de satisfacer la mente humana, y la energía se volvió al interior,

la pregunta fué hecha a la propia alma del hombre. Desde el cosmos la cuestión fué traída y reflejada en el microcosmo; desde el mundo externo la cuestión fué reflejada en el mundo interno. Del análisis de la naturaleza externa pasó el hombre a analizar lo interno; con un estado más elevado de civilización, una visión más profunda de la naturaleza y un plano mucho más elevado de crecimiento, llega esta investigación del hombre interno.

El asunto que vamos a examinar esta tarde es este hombre interno. Ninguna cuestión está más cercana ni es más querida para el corazón de los hombres que esta del hombre interno. ¿Cuántos millones de veces, en todos los países, ha sido hecha esta pregunta? Sabios y reyes, pobres y ricos, santos y pecadores, cada hombre, cada mujer, todos han hecho esta pregunta de tiempo en tiempo: ¿No hay nada permanente en esta fugaz vida humana? No hay nada que no muera cuando este cuerpo muere? ¿No hay algo que viva cuando esta forma se desmenuza y reduce a un puñado de polvo? ¿No hay algo que sobreviva al fuego que reduce el cuerpo a cenizas? Y si hay algo, ¿cuál

es su destino? ¿Adónde va? ¿De dónde viene? Estas preguntas han sido hechas una y otra vez y mientras ésta creación dure, mientras haya cerebros humanos que piensen, esta pregunta tendrá que ser formulada. Sin embargo, no es que no haya venido la respuesta; en cada época ha venido, y a medida que transcurre el tiempo, la respuesta adquirirá cada vez más fuerza. La pregunta ha sido contestada una vez por todas hace millares de años, y durante todo el tiempo que siguió ha sido de nuevo expuesta y nuevamente ilustrada, hecha más clara a nuestro intelecto. Lo que tenemos que hacer, por lo tanto, es hacer una re-exposición de la respuesta no pretendemos echar ninguna nueva luz sobre estos absorbentes problemas; nuestro propósito es tratar de presentarlos la antigua, la vieja verdad, en el lenguaje de los tiempos modernos, decir el pensamiento de los antiguos en el lenguaje de los modernos, expresar los pensamientos de los filósofos con el lenguaje del pueblo, exponer los pensamientos de los ángeles con el lenguaje de los hombres, expresar los pensamientos de Dios en el lenguaje de la pobre humanidad; así los hombres la comprenderán; porque veremos más tarde que la misma existencia divina de la cual emanaron estas ideas, está presente en el hombre mismo; la misma existencia que creó los pensamientos. Ella misma los comprenderá; pues están manifestados en el hombre.

Os estoy mirando. ¿Cuántas cosas son necesarias para esta visión? En primer lugar, los ojos; necesito tener ojos. Si soy completo en todo lo demás, pero me faltan los ojos, no podré verlos. Lo primero necesario, por lo tanto, es que debo poseer ojos. En segundo lugar, eso no será suficiente si no hay algo detrás de los ojos, el órgano real de la visión. Los ojos no son los órganos: son tan sólo los instrumentos de la visión, y el órgano está detrás, el centro nervioso del cerebro. Si este centro no es dañado, puede el hombre tener el más claro par de ojos, y sin embargo no verá nada. Así, es necesario que haya este centro u órgano real. Igual cosa ocurre con cada uno de nuestros sen-

tidos. El oído externo sólo es el instrumento que lleva al interior la vibración del sonido, y esta tiene que ser llevada al centro. Sin embargo, esto no es suficiente. Algunas veces estás en nuestra biblioteca leyendo atentamente un libro, el reloj da las doce y vosotros no lo oís. El sonido está allí, las vibraciones del aire estaban presentes, el oído también y lo mismo el centro; esas vibraciones fueron llevadas al oído, éste las llevó al centro y sin embargo no habéis oído. ¿En qué ha consistido? En que la mente no estaba allí. Por esto, vemos que la tercera condición necesaria es que la mente esté presente. Primero el instrumento externo, luego este instrumento externo llevará la sensación al órgano, y el órgano debe estar unido a la mente. Cuando la mente no está en contacto con el órgano, el órgano y el oído pueden tomar la impresión y sin embargo nosotros no seremos conscientes de ello. La mente, a su vez también, es tan sólo el conductor; ella tiene que llevar la sensación todavía más lejos y presentarla al intelecto. El intelecto determina acerca de lo que le es presentado. Empero, esto no es suficiente. El intelecto to debe llevarlo más allá y presentar todo al regulador de este cuerpo, al alma humana, al rey que está en su trono. Ante él es presentado esto, y entonces de él procede la orden de hacer esto o no hacerlo; y la orden desciende en la misma sucesión al intelecto, a la mente, a los órganos, y los órganos lo ordenan a los instrumentos, y la percepción es completa.

Los instrumentos están en el cuerpo externo, el cuerpo denso del hombre; pero no son la mente ni tampoco el intelecto. Son lo que es llamado en la filosofía india, el cuerpo sutil, y lo que en la teología cristiana denominan el cuerpo espiritual del hombre; más sutil, mucho más sutil que el cuerpo, pero que no es, sin embargo, el alma. El alma está más allá de todos ellos. El cuerpo externo parece en algunos años; cualquier simple causa puede perturbarlo o destruirlo. El cuerpo sutil no parece tan fácilmente; sin embargo algunas veces degenera y otras se hace más fuerte. Vemos que en los ancianos la mente pierde su fuerza, que cuan-

do el cuerpo es vigoroso la mente se hace también vigorosa, que varias medicinas y drogas tienen efecto sobre ella, que todos los actos externos obran sobre ella, y que ella reacciona sobre el mundo externo. Así como el cuerpo tiene su progreso y su decadencia, así también la mente tiene su época de vigor y debilidad, en consecuencia la mente no es el alma, porque el alma es simple y no puede decaer. Tampoco puede degenerar. ¿Cómo podemos saber esto? ¿Cómo podemos saber que hay algo por detrás de la misma mente? El conocimiento que es luminoso por sí mismo, el germen, la base de la inteligencia, no puede pertenecer a la densa y muerta materia. Nunca se ha visto materia densa alguna que tuviera inteligencia de su propia esencia. Ninguna materia basta o muerta puede iluminarse a sí misma. Es la inteligencia la que ilumina toda materia. Esta sala está aquí mediante la inteligencia, puesto que, como sala, su existencia sería desconocida hasta que existiera alguna inteligencia. Este cuerpo no es luminoso de por sí; si lo fuera, lo sería también estando muerto; ni la mente, o cuerpo espiritual, puede ser luminoso de por sí. Ella no es la esencia de la inteligencia. Lo que es luminoso por sí mismo, no puede decaer. La luz de aquello que brilla con luz prestada, viene y se va; pero lo que es luz por sí mismo, ¿qué puede quitársela y dársele, hacerla decaer y vigorizarla otra vez? Vemos que la luna mengua y crece iluminándose de nuevo, porque brilla con la luz que le presta el sol. Si se pone al fuego un pedazo de hierro hasta que se ponga rojo, principia a alumbrar y brillar, pero su luz se desvanecerá, porque ha sido prestada. Así pues, la decadencia es posible sólo en aquella luz que es prestada y no es su propia esencia.

Ahora, vemos que el cuerpo, la forma externa, no tiene luz en su propia esencia; no es luminosa de por sí; no puede conocerse a sí mismo ni tampoco lo puede la mente. ¿Cómo? Porque la mente se desvanece, porque se pone decrepita, porque es vigorosa en un tiempo y débil en otro, porque todo puede obrar sobre ella y hacerla fuerte o débil. En consecuencia,

la luz que brilla por la mente no es suya. ¿De quién es, entonces? Debe pertenecer a aquello en lo cual no es prestada ni reflejada, sino de su propia esencia, y como tal, ese conocimiento que es la esencia de aquella existencia jamás puede morir, jamás puede decaer, jamás puede ser más débil o más fuerte; es luminosa por sí misma; es la luminosidad misma. No puede ser que el alma conozca; el alma es conocimiento. El alma no puede tener existencia, el alma es existencia. El alma no puede ser feliz, es la felicidad misma. Aquello que es feliz ha tomado prestada esa felicidad; es reflejada. Aquello que tiene conocimiento, ha recibido ese conocimiento; es reflejado. Aquello que tiene existencia relativa, esa existencia no es suya, sino la existencia reflejada de alguna otra cosa. Dondequiera que haya una diferencia entre substancias y cualidades, esas cualidades han sido reflejadas sobre la substancia, pero el alma no tiene el conocimiento como una cualidad suya; el alma no tiene la existencia como una cualidad propia; el alma no tiene la dicha como una de sus cualidades; esas cualidades son la esencia del alma.

Empero, puede preguntársenos, ¿por qué debemos admitir esto como cierto? ¿Por qué hemos de admitir que el alma es en su esencia conocimiento, dicha, existencia, luminosidad, y que no le son prestadas esas cualidades? Hemos visto que la luminosidad del cuerpo es prestada por la mente—mientras la mente está presente, el cuerpo es luminoso. Si la mente se va, él se apaga. Si la mente se va de mi ojo, puedo mirarlos todo el tiempo y no podré verlos, o si ella abandona mis oídos, podéis hablar y hablar y yo no oír una palabra; y lo mismo con todos los sentidos; vemos que la luminosidad del cuerpo no es suya propia, sino prestada por la mente. Lo mismo ocurre con la mente. Es afectada por todo lo del mundo externo, una pequeña molécula la hará cambiar, un pequeño defecto en alguna parte del cerebro la hará cambiar también. La luminosidad de la mente no puede ser de ella misma, porque vemos en toda la naturaleza que aquello que es

esencial no sufre cambio. Sólo las cualidades reflejadas, las cualidades prestadas, cambian. Pero, se puede argüir, ¿por qué no decir que la luminosidad del alma, la dicha, el conocimiento del alma, son también prestados del mismo modo? La dificultad consiste en que este camino no tiene límite. ¿De quién fué tomado prestado? Si decimos que de alguna otra alma, la misma pregunta será hecha, ¿de quién lo ha tomado esa otra a su vez? Así, al fin, tendremos que detenernos en algo en lo cual la luz no sea prestada; para concretar, entonces, lo lógico es detenerse en el primer eslabón donde hallamos luminosidad de sí misma y no ir más lejos.

Ahora bien, vemos que este ser humano está compuesto en primer lugar de esta envoltura exterior, el cuerpo. En segundo lugar del cuerpo sutil, que consiste en la mente e intelecto y egoísmo y sensación. Inmediatamente detrás de ellos, está el ser real del hombre. Hemos visto que todas las cualidades y poderes de este cuerpo denso se toman prestados de la mente, y que el cuerpo sutil, la mente, toma prestados sus poderes y luminosidad del alma, que está detrás.

Muchísimas cuestiones surgen ahora acerca de la naturaleza de esta alma. Si la existencia del alma es admitida por el argumento de que es luminosa de por sí, que el conocimiento, la existencia y la dicha son su esencia, naturalmente se sigue que esta alma no puede haber sido creada de la nada. Una existencia luminosa por sí misma, independiente de otra existencia, jamás pudo haber sido el producto de algo que no existió. Hemos visto que hasta el mundo material mismo no ha sido creado de cero: mucho menos el alma. Esta existió siempre, por lo tanto. Jamás hubo un tiempo en el cual no existiera, porque, si el alma no existió, ¿dónde estaba el tiempo? El tiempo está en el alma; cuando el alma refleja sus poderes sobre la mente y la mente piensa, es cuando viene el tiempo. Si el alma no existió en algún tiempo, ciertamente no existía pensamiento y sin pensamiento no había tiempo. Consecuentemente, ¿cómo puede decirse que el alma existe

en el tiempo cuando el tiempo mismo existe en el alma? El alma no tiene nacimiento ni muerte, pero pasa por todos esos diferentes estados. Se manifiesta lenta y gradualmente desde lo más inferior a lo más elevado, y así siempre y siempre está expresando su propia grandeza, obrando mediante la mente sobre el cuerpo, y mediante el cuerpo alcanza el mundo externo y lo comprende. Ella toma un cuerpo y lo usa, y cuando ese cuerpo ha decaído y está gastado, toma otro cuerpo y de este modo sigue su marcha.

Aquí se presenta una cuestión muy interesante: la cuestión que generalmente es conocida como reencarnación del alma. Algunas veces la gente se asusta ante esta sola idea, y la superstición es tan fuerte, que hasta hombres pensadores prefieren creer que han venido de la nada y procuran después deducir con la mayor lógica, la teoría de que aunque proceden de cero, serán eternos después. Lo que viene de cero ciertamente tendrá que volver a cero. Ni vosotros, ni yo, ni ninguno de los presentes hemos venido de cero, ni tendremos que volver a cero. Hemos existido eternamente y existiremos, y no hay poder bajo el sol, ni por arriba de él que pueda deshacer vuestra existencia o la mía, ó reducirnos a cero. Así, pues, esta idea de la reencarnación no solamente es una idea que asuste, sino que es la idea más esencial para el bienestar moral de la raza humana. Es la única conclusión lógica a que pueden llegar los hombres pensadores. Si vosotros vais a existir en la eternidad después, tenéis que haber existido por toda la eternidad antes, tenéis que haber existido por toda la eternidad en el pasado; no puede ser de otra manera. Procuraré contestar algunas objeciones que se aducen generalmente contra esta teoría. Aunque muchos de vosotros penséis que son objeciones muy necias, tenemos, sin embargo, que contestarlas, porque algunas veces hallamos que los hombres más pensadores son muy susceptibles de emitir las más necias ideas. Bien se ha dicho que nunca hubo una idea tan absurda que no hallara filósofos que la defen-

dieran. La primera objeción es: ¿por qué no recordamos nuestro pasado? ¿Recordamos todo nuestro pasado aquí? ¿Cuántos de vosotros recordáis lo que habéis hecho cuando erais niños? Ninguno de vosotros recuerda su primera edad, y si de la memoria depende vuestra existencia, entonces, este mismo argumento prueba que vosotros no existiais como niños, porque no lo recordáis. Es simplemente una tontería decir que la existencia depende de que, alguno la recuerde. ¿Por qué tenemos que recordar el pasado? Aquel cerebro se ha ido, se ha deshecho, y un nuevo cerebro ha sido manufacturado. Lo que ha recibido este cerebro es la resultante, la suma total de las impresiones que han sido hechas en nuestro pasado, con lo cual la mente ha venido a habitar el nuevo cuerpo.

Yo, tal como estoy aquí, soy el efecto, el resultado de todo el infinito pasado que está ligado a mí. ¿Y para qué necesito recordar todo el pasado? Y sin embargo, es tal el poder de la superstición, que esos mismos hombres creerán que en un tiempo han sido monos, en otro lemures, pero no se atreven a preguntar porque no recordamos nuestro nacimiento como monos. Cuando un gran sabio de la antigüedad, un gran vidente, que llegó a estar cara a cara con la verdad, un profeta antiguo, dice algo, esos hombres modernos se ponen de pie y exclaman: ¡Bah, era un loco! Pero usad otro nombre; lo dice Huxley, o Tindall; entonces debe ser cierto, y lo admiten sin examen. En el lugar de las antiguas supersticiones han erigido las supersticiones modernas, en el lugar de los antiguos papas de la religión, han colocado los modernos papas de la ciencia. Vemos, pues, que esta objeción relativa a la memoria no es válida, y que es casi la única seria que se hace a esta teoría. Aunque hemos visto que no es necesario para probar la teoría que existe el recuerdo, al mismo tiempo, estamos en condición de afirmar que hay ejemplos en este mundo en los cuales ha ocurrido, y que cada uno de vosotros, en aquella vida en que lleguéis a ser libres, lograréis esta memoria del pasado, y esto sólo os hará

libres. Sólo entonces hallaréis que este mundo es solamente un sueño; sólo entonces hallaréis realmente, realizaréis en el alma de vuestra alma que vosotros sois tan sólo actores y el mundo el escenario, sólo entonces vendrá a vosotros, con el poder del trueno, la idea del desapego a las cosas terrenales, entonces, toda esta sed de placeres, este apego a la vida, este mundo, se desvanecerá para siempre; entonces la mente verá con la claridad del día cuantas veces ha existido esto para vosotros, cuantos millones de veces tuvisteis padres y madres, hijos e hijas, maridos y esposas, parientes y amigos, riquezas y poder. Esto viene y se va. Cuántas veces estuvisteis en la cresta de la ola, y cuántas veces habéis descendido al fondo de la desesperación. Cuando la memoria os presente esto, entonces solamente seréis como héroes, y sonreireis cuando el mundo os mire con ceño adusto. Entonces solamente os pondréis de pie y diréis: Yo no te hago caso aunque seas la muerte; ¿qué terrores tienes para mí? Entonces y sólo entonces conquistaréis la muerte, cuando sepáis que la muerte no tiene poder sobre vosotros. Esto llegará para todos.

¿Hay algún argumento, alguna prueba racional de esta reencarnación del alma? Hasta ahora hemos estado hablando del lado negativo, mostrando que los argumentos opuestos que la impugnan no tienen valor. ¿Hay algún argumento positivo? Si, los hay, y muy valiosos también. El conocimiento sería imposible sin la reencarnación. Suponed que voy a la calle y veo un perro. ¿Cómo conozco que es un perro? Lo refiero a mi mente, y en mi mente hay grupos de todas mis pasadas experiencias, coordinadas, clasificadas. Tan pronto como llega una nueva impresión, la tomo y la refiero a alguna de las que ya están clasificadas y puestas en su correspondiente casilla, y en cuanto hallo otros grupos de las mismas impresiones ya existentes, la agrupo con ellas y quedo satisfecho. Conozco que es un perro, porque coincide con impresiones ya existentes. Cuando no hallo en el interior experiencias análogas a esta nueva, me pongo descontento. Cuando, no hallando

impresiones análogas a una nueva impresión, nos ponemos descontentos, este estado de la mente es llamado *ignorancia*, pero cuando hallamos que existen ya de antes impresiones análogas, nos quedamos satisfechos; esto es llamado *conocimiento*. Cuando los hombres vieron por primera vez caer una manzana se pusieron descontentos. Después, gradualmente, hallaron el grupo. ¿Cuál fué el grupo que hallaron? Que todas las manzanas caían, y así descubrieron la gravitación. Ahora vemos que sin un fondo de experiencias ya existentes, sería imposible una nueva experiencia, porque no habría nada a lo cual referir la nueva impresión. Así, si como piensan algunos filósofos europeos, viniera el niño al mundo con lo que ellos llaman *tabula rasa*, tal niño tendría que continuar con la tabla en blanco porque no tendría a donde referir su conocimiento. De manera que, según vemos, el conocimiento es imposible sin que previamente exista un fondo de conocimiento. Por esto todos tenemos conocimiento, y todos hemos venido ya, por lo tanto, con fondos de conocimiento. El conocimiento sólo puede ser conseguido de una manera, por vía de la experiencia; no hay otra manera de conocer. Si no hemos tenido la experiencia aquí, la hemos tenido en alguna otra parte. ¿Por qué este temor a la muerte está en todas partes? Un pollito sale del cascarón, un águila viene, y el pollito huye espantado hacia la madre. ¿En dónde aprendió que las águilas matan los pollos? ¿Qué es lo que hace que un polluelo recién salido del huevo tenga miedo a morir? Hay una antigua explicación (apenas puedo concederle el honor de ese nombre). Eso fué llamado instinto. ¿Por qué una nidada de patos sacados por una gallina en cuanto se acercan al agua se echan a nadar? Nunca nadaron antes, ni vieron nadar a nadie. La gente dice, es el instinto. Es una socorrida expresión, pero nos deja donde estábamos. Estudiemos ese fenómeno del instinto. Tenemos muchos instintos en nosotros, un ciento de clases. Una señora comienza a tocar el piano. Al principio necesita prestar toda su atención a cada tecla que toca, pero a medida

que continúa, durante meses y años, se hace instinto; llega a ser involuntario. Aquello que exigió el impulso de la voluntad ya no exige ahora voluntad consciente, y este estado es lo que se llama instinto. Primero fué con voluntad, y después descendió hasta colocarse por debajo de la voluntad. Esta no es, todavía, una prueba completa. Queda una mitad. La otra mitad es que casi todas las acciones que ahora son instintivas pueden ser puestas bajo el contralor de la voluntad. Esto es perfectamente bien conocido. Así la prueba es, por lo tanto, completa, por el doble método del acuerdo y la diferencia. La prueba es completa, lo que ahora es instinto es degeneración de acciones voluntarias, en consecuencia, si la analogía debe aplicarse a toda la creación, si la naturaleza es uniforme, lo que es instinto en los animales, así como en los hombres, debe ser la degeneración de la voluntad.

Aplicando la ley hallamos en el caso del microcosmo, que cada involución presupone una evolución, ¿y en cada evolución e involución, qué es por lo tanto el instinto? Razón involucionada. Así pues, todo lo que llamamos instinto en los hombres y en los animales, debe ser, por lo tanto, acciones voluntarias degeneradas, involucionadas, y las acciones voluntarias son imposibles sin experiencia. La experiencia da ese conocimiento, y ese conocimiento es el que se presenta. Este temor a la muerte, este meterse en el agua de los patitos, y todas esas acciones involuntarias en la existencia humana, son el resultado de pasadas experiencias que han llegado ahora a ser instinto. Hasta aquí hemos procedido muy claramente y hasta aquí la ciencia moderna está con nosotros. Pero ahora tropezamos con una dificultad más. Los más modernos hombres de ciencia están volviendo a los antiguos sabios, y hasta donde han podido llegar, están en perfecto acuerdo. Admiten que cada hombre y cada animal nace con un fondo de experiencia, admiten que todas esas acciones de la mente son el resultado de la experiencia, pero, ¿cuál es, preguntan, la utilidad de decir que esas experiencias pertenecen al alma?

¿Por qué no decir que pertenecen al cuerpo y sólo al cuerpo? ¿Por qué no decir que es transmisión hereditaria? Esta es la cuestión final. ¿Por qué no decir que todas las experiencias con que he nacido son el efecto resultante de todas las pasadas experiencias de mis antecesores? La suma total de la experiencia, desde el pequeño protoplasma, hasta la existencia humana más elevada, están en mí, ¿pero ha sido transmitida de cuerpo a cuerpo en el curso de la transmisión hereditaria? ¿Dónde estará la dificultad? Esta cuestión es muy delicada, y nosotros admitimos una parte de esta transmisión hereditaria. ¿Hasta dónde la admitimos? Hasta donde se refiere a la provisión del material. Nosotros, por nuestras pasadas acciones nos adaptamos para cierto nacimiento en cierto cuerpo, y el único material apropiado para ese cuerpo procede de padres que se han adaptado para que esa alma sea de su linaje.

La simple teoría hereditaria admite como cierta una proposición muy sorprendente sin tener prueba alguna: la proposición de que la experiencia mental puede ser registrada en la materia, de que la experiencia mental puede estar involucionada en la materia. Cuando os miro, en el lago de mi mente se produce una onda. Esta onda se desvanece, pero subsiste en forma ténue, como una impresión. Nosotros comprendemos esto. Comprendemos que una impresión física permanezca en el cuerpo. ¿Pero qué prueba hay para suponer que la impresión mental pueda quedar en el cuerpo desde que el cuerpo se destruye? ¿Qué es lo que la contiene? Suponed que fuera posible que cada impresión mental permaneciera en el cuerpo, que una impresión, que comenzó en el primer hombre, llegara hasta mi padre, estuviera en este último y llegara hasta mí. ¿Cómo? ¿Por medio de la célula bioplásmica? ¿Cómo puede ser esto posible? Porque el cuerpo del padre no se transfiere al del niño *in toto*. Los mismos padres pueden tener un número de hijos; entonces, de esta teoría de la transmisión hereditaria, en la cual la impresión y lo impresionado son uno (es decir, un material), rigurosamente se si-

gue que, por el nacimiento de cada hijo, los padres deben perder una parte de sus propias impresiones, o si no si los padres transmitieran la totalidad de sus impresiones, entonces, después del nacimiento del primer hijo, sus mentes quedarían vacías.

Además, si en la célula bioplásmica ha entrado la infinita suma de impresiones de todos los tiempos, ¿cómo y dónde está? Esta es una posición insostenible, y hasta que esos físicos puedan probar cómo esa impresión vive en la célula, y dónde, y qué es lo que ellos significan por una impresión mental latente en la célula física, sus teorías no pueden ser admitidas. Por lo dicho es claro, entonces, que esa impresión está en la mente, que la mente viene a efectuar su nacimiento y renacimiento, que la mente usa el material que es más apropiado para ella, y que la mente que se ha hecho adaptable para una sola clase particular de cuerpo, tendrá que aguardar hasta que pueda conseguir este material. Esto lo comprendemos. La teoría entonces arriba a esta conclusión: que hay transmisión hereditaria en lo tocante a la provisión de material para el alma. Pero el alma emigra, manufactura cuerpo tras cuerpo, y cada pensamiento que pensamos, cada acción que ejecutamos, cada trabajo que hacemos, queda en depósito para nosotros en formas sutiles, prontas para surgir de nuevo y tomar forma. Cuando os miro, una onda se produce en mi mente. Se sumerge, puede decirse, se hace más y más sutil, pero no muere. Está pronta para ascender a la superficie otra vez como una onda a la cual llamamos recuerdo. Así, pues, toda esta masa de impresiones está en mi mente, y cuando muera, la fuerza resultante de todas esas impresiones estará en mí. Aquí hay una pelota; cada uno de nosotros coje un mazo y comienza a darle golpes de todos lados, la pelota va de un lado a otra de la habitación y cuando llega a la puerta se lanza afuera. ¿Qué llevará consigo? La resultante de todos esos golpes. Esa será también su dirección. Así, ¿qué dirige al alma cuando el cuerpo muere? La resultante, la suma to-

tal de todas las obras que ha hecho, de los pensamientos que ha pensado; y seguirá adelante llevando esto consigo. Si la resultante es tal que el alma tenga que fabricar un nuevo cuerpo para obtener más experiencia, irá a aquellos padres que estén preparados para proporcionarle el material adecuado para ese cuerpo, y tomará uno nuevo. Así, irá de cuerpo en cuerpo, subiendo a los cielos, bajando a la tierra, haciéndose hombre inferior o superior. Este es el camino que seguirá hasta que termine su experiencia y complete el círculo. El alma entonces conocerá su propia naturaleza, conocerá lo que es, y disipará la ignorancia, sus poderes se harán manifiestos, se hará perfecta, ya no habrá para el alma más necesidad de obrar mediante cuerpos físicos ni necesitará ya obrar más mediante cuerpos sutiles o mentales. Brillará en su propia luz, será libre, ya no nacerá ni morirá más.

No entraremos en los detalles de esto. Pero os haré presente un punto más, referente a esta teoría de la reencarnación. Es la teoría única que sostiene la libertad del alma humana. Es la única teoría que no echa la responsabilidad de nuestras debilidades sobre algún otro, lo cual es una falacia humana muy común. Nosotros no miramos nuestras propias faltas; los ojos no se ven a sí mismos. Ven los ojos de todos los demás. Los seres humanos somos muy lentos para reconocer nuestras propias debilidades, nuestras propias faltas, mientras podamos echar la culpa a algún otro. Los hombres, en general, echan las culpas de la vida a sus semejantes, y la de sus fracasos a Dios; o conjuran al fantasma del destino, y dicen que es el destino. ¿Dónde está el destino y qué es el destino? Nosotros cosechamos lo que sembramos. Somos los constructores de nuestro destino. Nadie más tiene la culpa, nadie más tiene el mérito. El viento sopla continuamente; los navíos que tienen sus velas tendidas lo toman y avanzan en su camino. Los que tienen las velas recogidas no toman el aire. ¿De quién es la culpa, del viento? ¿Es la culpa del Padre Misericordioso, cuyo viento de bondad está soplando sin

cesar, día y noche, cuya misericordia no conoce límites? ¿Es por culpa de El que unos seamos felices y otros desdichados? Nosotros hacemos nuestro destino. Su sol brilla para los débiles lo mismo que para los fuertes. Su viento sopla para el santo lo mismo que para el pecador. El es el Señor de todos, el Padre de todos, el Misericordioso, el Imparcial. ¿Queréis decir que El, el Señor de la Creación, considera las mezquinas cosas que nosotros hacemos aquí del modo que las consideramos nosotros? ¡Qué degenerada idea de Dios sería esa! Nosotros somos como pequeños títeres que hacemos luchas de vida y muerte, creyendo neciamente que hasta Dios mismo las tomará tan seriamente como nosotros. El sabe lo que significan los juegos de títeres. Todas esas tentativas de echarle la culpa a El, que El es el que castiga y El es el que recompensa, son ideas necias. El ni castiga ni premia a nadie. Su bondad infinita está abierta para todos, en todos los tiempos, en todos los lugares, bajo todas las condiciones, infaltable, infalible. De nosotros depende el utilizarla. De nosotros depende el modo de emplearla. No culpéis ni a Dios ni a los hombres, ni a nadie del mundo. Cuando sufráis, culpaos a vosotros mismos, y procurad hacerlo mejor.

Esta es la única solución del problema. Aquellos que culpan a otros—y ¡ay! el número de ellos aumenta cada día—son generalmente desdichados, de cerebros incapaces, que se han metido ellos mismos en el mal paso debido a sus propios errores y ahora culpan a otros; pero esto no modifica su situación. Eso no les es de ninguna utilidad. La tentativa de culpar a los otros los debilita más todavía. Por lo tanto, no culpéis a nadie de vuestras propias faltas, manteneos sobre vuestros propios pies, y tomad toda la responsabilidad sobre vosotros mismos. Decid, “esta desgracia que estoy sufriendo yo la he preparado, y ésto mismo me prueba que sólo yo podré remediarla.” Lo que yo hago, yo puedo deshacerlo; lo que sea hecho por otros yo jamás podré destruirlo. En consecuencia, levantaos, sed resueltos, sed fuertes. Tomad toda la responsabilidad sobre vuestros hombros, sabed

que vosotros sois los creadores de vuestro propio destino. Toda la fuerza y el auxilio que necesitáis está en vosotros mismos. Por lo tanto, construid vuestro futuro. "Dejad que los muertos sepulsen sus muertos", todo el futuro infinito está ante vosotros, y recordar siempre que cada obra, cada pensamiento, cada acto,

queda almacenado para vosotros, con esta perspectiva, que así como los malos pensamientos y las malas obras están prontas para saltar sobre vosotros como tigres, así los buenos pensamientos y las buenas acciones, están prontas con el poder de cien mil ángeles, para defenderos siempre y siempre.

LA VOLUNTAD

Una multitud de personas amigas mías, que saben que, en mi afán de investigación, me dedico a estudiar las Ciencias Ocultas, con frecuencia se acercan a mí en demanda de algunas explicaciones acerca de puntos, para ellos oscuros, pero que despiertan gran interés en su ánimo, a causa del atrayente enunciado del desarrollo de poderes.

Muy difícil es, en verdad, dar una constatación satisfactoria a cada uno de ellos, en virtud de que, a pesar de los esfuerzos que hago para exponerles con toda sencillez las bases fundamentales de mis conocimientos y el resultado deductivo que, como experiencia mía he encontrado, quedan en la conciencia de todos ellos enormes vacíos, dudas profundas, que no se pueden ni llenar ni satisfacer en los estrechos límites de una consulta, provocada tal vez en una propicia oportunidad, y en la cual se abarcan muchos puntos que son motivo de largos estudios, los cuales puntos, pueden llegar a formar un verdadero caos en aquellos cerebros que no tienen la más ligera noción respecto del asunto que consultan.

Como resultado final de mis escasas explicaciones, llego generalmente a este final: "La Voluntad del hombre, consciente y enérgicamente dirigida, es el agente mágico por excelencia de que se puede disponer y el único de los poderes que se esgrime;" esta conclusión es la que desconcierta generalmente al consultante, porque al percatarse del cúmulo de ejercicios que tiene que afrontar para la educación y desarrollo de esa Vo-

luntad, así como del tiempo que debe emplear para ello, se convence de que los poderes, con los cuales había soñado en su ambición de lucro, no son una fórmula que puede despacharse en cualquier centro de estudios ocultos, por cualquiera de los adeptos que se encuentran afiliados ahí, sino que son el resultado de una paciente y enérgica práctica de hechos, muchos de los cuales implican sacrificio de costumbres mundanales, que es doloroso abandonar. Veamos ¿por qué?

Yo considero la Voluntad como el impulso propio y necesario de nuestro Yo superior, para la manifestación en el mundo fenomenal, de las decisiones de su conciencia. En esta virtud, divido la Voluntad en dos clases, la electiva y la ejecutiva.

Voluntad electiva, es para mí, todo el proceso de estudio y selección que, de una idea, se verifica en la consciencia del Ego, desde el instante en que en el [Manas] surge la idea causal, hasta el en que es definitivamente seleccionada.

Esta idea seleccionada toma el nombre de *determinación* cuando sólo espera, terminado el proceso anterior, el instante de su realización. No todas las ideas seleccionadas llegan a su punto final, porque el impulso interno, una vez conseguida la selección, no tiene la energía suficiente para llevarla a su ejecución fenomenal, superando o contrarrestando los tropiezos que se le puedan presentar, y entonces la determinación permanece estacionaria, durante un tiempo más ó menos largo, según la energía primitiva,

y acaba por aniquilarse paulatinamente en la consciencia del mismo Ego generador, hasta desaparecer por completo. Si brota de nuevo una idea similar, indudablemente tiene que seguir el mismo proceso de desarrollo.

La Voluntad ejecutiva, es la más importante de estas dos divisiones, porque es el verdadero esfuerzo interno que brota potente al exterior bajo la forma de un fenómeno perceptible para los sentidos materiales.

Esta realización de la determinación seleccionada, es lo que propiamente llamo *Voluntad*; es decir lo que me pone de manifiesto, de una manera clara e incontrarrestable, que el Manas, una vez adunado con Budhi, ha llegado a cerrar el Triángulo equilátero, por medio de Atma, y se manifiesta "suiciciente, -consciente-potente," a imagen y semejanza del Gran Todo omnisciente, omnipotente y omnipresente, del cual es una síntesis perfecta.

De lo expuesto podemos deducir claramente que "no basta querer" sino que es preciso "saber querer" para operar la primera parte de la voluntad, y una vez que sabemos querer con Verdad y con Justicia, a fin de no apartarnos de las leyes de la Naturaleza, es necesario "saber poder," es decir, tener la fuerza suficiente educada y conciente para realizar la determinación.

Este es el escollo en que tropiezan, afortunadamente, los curiosos e incautos; esta es la muralla ante la cual se detienen los ambiciosos de poderes empíricos; esta es, en fin, la barrera que detiene a todos los que, egoístamente, pretenden caminar alumbrados por el resplandor de agenas antorchas, con la utópica esperanza de obtener esos apetecidos poderes, sin tomarse el trabajo de encender su propia luz interna, única que les debe de guiar a través del intrincado laberinto de la *Gnosis*.

Ahora bien: si los *poderes* no se transmiten, sino que se conquistan por medio de la Voluntad, muy sencillo es comprender que sólo abordan con buena fé y con toda energía esta clase de estudios, aquellos Egos que ya tienen una preparación

especial, y no van en busca del lucro que pecuniariamente les pueda proporcionar el incauto que se deja engañar en su propia ignorancia. Persevera el investigador de la Verdad; el que abjura de su cuerpo pasional y se convierte en el Angel Miguel, hiriendo de muerte al Dragón, para hollarlo después, irguiéndose triunfal y resplandeciente de Luz, sobre el común de sus hermanos.

Progresá el que después de esa gran renunciación, ha formado el verdadero *Triángulo Equilátero* en su individualidad y por ende, sabe querer y sabe poder, que son los dos términos de que se compone la palabra mágica *Realización*.

Desconfiad en lo absoluto de todos aquellos que haciendo alarde de haber conquistado poderes, se ofrecen espontáneamente a daros la clave de ellos, mediante una retribución pecuniaria; absteneos por completo del trato de todos los que pregonan por doquiera sus excepcionales conocimientos en Ciencias Ocultas y alardean aparatosamente de ser los únicos poseedores de la Llave Mágica, con que se abre el Santuario de Isis, porque sólo son charlatanes y especuladores; viven del engaño y a costa del incauto o del ambicioso al cual explotan.

El verdadero Mago, es decir el hombre de Voluntad, opera siempre sin ostentaciones, ni alardes, ni especulaciones, sujetando todos sus actos a estos tres grandes preceptos: "Amor, Verdad y Justicia." Sus poderes conquistados, los pone al servicio de sus hermanos, sin distinción de sexos, creencias, castas, ni colores, siempre que produzcan o tiendan a producir beneficio, por pequeño que sea, sin la más remota esperanza de recibir recompensa alguna; muy por el contrario, su trabajo es, por lo general, ignorado por aquel en favor del cual lo ejecuta, para evitar la idea que pudiera despertarse de gratitud o reconocimiento en el beneficiado.

¿Como se desarrolla la Voluntad?

Sería motivo de un largo capítulo esta contestación, que podemos concretar en esta sencilla respuesta: "Por medio del ejercicio".

Querer con Amor, Verdad y Justicia,

y realizar con toda energía esta determinación, he aquí la obra mágica por excelencia.

Si queréis llegar a obtener poderes, encended la luz de vuestra propia consciencia, y a sus destellos sondead, escrutad aun los más trivia es objetos que encontraréis a vuestro alcance; ellos os pon-

drán de manifiesto las grandes enseñanzas que apeteceís, porque en la partícula más despreciable, en apariencia, de cualquier cuerpo material, están encerradas potencialmente las facultades transformadoras del Universo entero.

FERNANDO OROZCO Y BERRA.

¿NUEVO MESIAS?

Han llegado los tiempos en que van surgiendo acontecimientos sorprendentes que llaman poderosamente la atención de la humanidad. Lo que parecía relegado al olvido y considerado como absurdo por cierta ciencia y por los hombres que blasonan de ilustrados, se ve actuando de nuevo en el campo de los hechos y provocando convicciones contrarias a las que, seculares, parecían arraigadas por siempre en el intelecto y en la conciencia. Ejemplo de ello son los fenómenos innegables del magnetismo, la telepatía, el telégrafo sin hilos, los prodigiosos efectos de lo que se conceptuaba hechicería, y otros análogos, que han hecho comprender al hombre pensador que hay mil fuerzas ocultas en la Naturaleza, de que la humanidad no se ha dado ni ha podido darse cuenta.

¿Es un nuevo surgimiento de potencias que rodean a este planeta? No: es el desarrollo natural de cosas y de hechos; es el ciclo que recorren lo material y lo psíquico para volver al punto de partida; pero con nueva experiencia y conquistando otro paso en el progreso.

Estas reflexiones nos han ocurrido, porque en recientes días ha corrido un rumor al parecer extraño, una noticia que ha causado sensación en ciertos círculos no dados a estudios profundos ni a cavilaciones abstrusas.

Al decir de algún filósofo profundo empapado en las enseñanzas ocultas, y conforme a la creencia de sus discípulos, se

prepara un acontecimiento sorprendente, que se ha de verificar en años no lejanos. Al mundo del ocultismo se ha dado noticia de que pronto aparecerá en nuestra Tierra un Cristo, Maestro instructor que vendrá con misión de ciencia y de progreso. Para que los humanos se preparen á recibirlo dignamente, se han hecho excitativas y se ha procurado difundir instrucciones adecuadas a tan importante objeto.

Los creyentes en esto suceso, son pocos relativamente; y los muchos no creyentes ponen objeciones fundadas en prejuicio arraigado, en escepticismo neto, o en creencias exclusivistas religiosas. ¿Quiénes estarán con lo verdadero?

No es extraña esta divergencia de opiniones. Quienes, por el medio intelectual en que se hallan, y la idiosincracia de sus sentimientos, no se satisfacen sino con pruebas palpables, estiman racional no dar asenso a noticia y hecho tan raros en esta época; y quienes unen al estudio la meditación, y al sentimiento el vehemente deseo de algo que venga a levantar el nivel moral e intelectual de esta humanidad atrasada, claro es que son, ya por deseo, ya por convicción, los creyentes.

Difícil es dar pruebas fehacientes de la verdad del hecho por venir; pero la noticia que comentamos es motivo de algunas consideraciones.

Nadie negará que, de tiempo en tiempo, han venido a este mundo insignes y

singulares instructores, llámense Maestros, Apóstoles o Cristos; llámense Kristna, Budha, Zoroastro, o Jesús. No sería, pues, un acontecimiento fuera de lo natural la venida de uno de esos Grandes Maestros a este mundo que mucho necesita de enseñanzas, de predicación de sana doctrina, de impulso hacia un especial derrotero, y de precisa regeneración.

Por otra parte: se ha indicado que pa-

ra esperar dignamente al Maestro, la preparación debe ser por medio del ejercicio de la Mansedumbre, la Devoción al Amor, la Fraternidad; en resumen, la posible purificación.

Vendrá o no vendrá el Cristo: más, de todos modos, la propaganda para conseguir la práctica de lo antes dicho, debe hacerse en todo caso y en todo tiempo.

LUIS G. RUBÍN.

PLANO ASTRAL

Voy a permitirme hacer algunas ligeras referencias del mundo astral, siendo de advertir que omito en este relato, muchas otras cosas que como preliminares de preparación se tienen que conocer antes de entrar en dicho mundo, en el cual se reciben buena suma de conocimientos que confirman en el hombre el maravilloso encadenamiento de los elementos que constituyen la vida, los cuales van desarrollándose armónicamente y regularmente con los progresos adquiridos.

Nada, absolutamente, se pierde en el transcurso de la evolución universal; todo existe, y está ligado en lo infinito y eterno de la primera causa inteligente, y sin origen.

Conocimiento que no puede ser dado de hombre a hombre: a todos y a cada uno propiamente corresponde conocer, pues está dentro de nosotros, y por tanto vale la pena dedicar algo de nuestro tiempo en meditar a ese respecto, sin preocuparse cuándo y como se resolverá ese interesante problema que es parte de nuestra existencia.

El esfuerzo de la propia voluntad conducirá al hombre, y en el camino encontrará al instructor y guía, pues sin la ayuda de éste, los peligros serían inminentes.

Para penetrar al plano astral, y darse cuenta de lo que allí pasa, son precisas ciertas y especiales condiciones en el individuo, que lo ponen en contacto directo con

aquel mundo de seres vivientes, seres especialísimos por su constitución, pero que, sin embargo, no nos son desconocidos; ellos representan las épocas de la existencia antes y después en los distintos períodos históricos de vida del hombre, así como de la humanidad entera; son los resúmenes importantísimos inscritos indeleblemente en el gran libro de la naturaleza; sanción sublime de la ley universal representada desde su fundamento de manifestación, hasta lo incomensurable y eterno en toda cosa, en todo lugar, así como en las acciones y movimientos de los seres, en el concierto de la vida y de sus infinitas relaciones.

La conformación de aquellas formas, son de una materia luminosa, fluida, elástica y sutil; sus ropajes vistosos, más ó menos hermosos les dan un aspecto risueño y agradable; la luz que baña esos cuadros animados de la vida, es apacible y hermosa, llegando a tomar los más variados tonos de intensidad y fuerza conformes con los momentos en que se ejecutó o ejecutaron los actos y acciones de la vida en las anteriores existencias.

Podemos presenciar el movimiento y actividad de los moradores de ese mundo; allí bañados por el rayo de luz astral, se destacan los seres familiarizados con nosotros en nuestro pasado.

Allí también somos actores inmediatos en los cuadros que se representan, y en esos momentos, nuestro recuerdo y me-

moria se renueva, y lo que pasó hace siglos, lo recordamos como si acabara de pasar, vívido y fresco.

Todo se hace sensible a nuestro sér, las impresiones agradables o desagradables de nuestras otras existencias se renuevan, hasta el trance de lo que llamamos muerte podemos apreciar, se produce con todos los aparatos del momento; allí igualmente escuchamos las exclamaciones de dolor y pena de nuestros íntimos y amigos apreciables.

Esos cuadros van representándose bajo todos los aspectos hasta llegar a la forma que actualmente estamos ocupando; y mientras nos encontramos sometidos a la acción del mundo astral, el tiempo, el espacio y la duración, también se hacen sensibles, a nuestra conciencia, y cuando

volvemos al mundo material podemos comprender que los siglos se funden y está contenidos en el instante mismo.

Todas esas existencias están alumbradas como dije antes, por los tonos de luz más o menos hermosos, según la posición de los rayos de luz solar reflejados sobre nuestro planeta en los momentos de aquellos tiempos de nuestras retrospectivas vidas.

¡Cuántas tristezas, cuántas emociones, cuántos recuerdos, y cuántas lágrimas ha venido regando la humanidad!

¿Cuándo podrá llegar a la cima de la montaña, para contemplar desde su altura, la aurora de la vida de felicidad, confirmada por el espíritu de amor universal?

M. A.

GRACIAS

Las damos muy sinceras a todos aquellos de nuestros h. . h. . que nos han mandado trabajos para su publicación, suplicándoles atentamente nos dispensen que no hayamos incertado los últimos que hemos recibido, por estar ya completo el material del presente número, pero en el número próximo serán publicados de preferencia.

Igualmente damos las gracias a los h. . h. . que nos han remitido fondo para ayuda de esta publicación. En otro lugar publicamos la lista de los donativos.

Estamos haciendo una edición extra económica de el "Bagavad Gita," comentada por un ADEPTO, la

cual pondremos a la venta tan luego que esté terminada, siendo el precio de cada ejemplar únicamente el que saque de costo, pues nuestro deseo es difundir las sublimes enseñanzas que contiene dicha obra.

DE ADMINISTRACION.

DONATIVOS RECIBIDOS PARA EL NUMERO DOS.

| | |
|-----------------------------------|----------|
| Un adepto. Ciudad | \$ 30 00 |
| Un iniciado Ciudad. | 10 00 |
| F. S.—Tacubaya, D. F. | 1 00 |
| F. G.—Tacubaya, D. F. | 1 00 |
| I. B. Laredo, Tamaulipas. | 2 00 |

Suma. \$ 44 00

SILVESTRE GARZA.
ADMINISTRADOR.

TIRO: 3,500 EJEMPLARES.

LO QUE PIENSA JACINTO BENAVENTE SOBRE EL ESPIRITISMO Y LA TEOSOFIA.

He aquí las opiniones del más insigne de los escritores españoles contemporáneos, acerca de las ciencias ocultas.

Al saber que al grande ingenio que se llama Jacinto Benavente le interesa también penetrar en las difíciles tenebrosidades de lo no sabido, quise conocer su opinión, y una carta mía, a la que unía un cuestionario, me responde galantemente, enviándome unas cuartillas en las que contesta a mis preguntas, y las que, por el valor que tienen, copio a la letra:

"Para contestar satisfactoriamente a su cuestionario, distinguida amiga, será preciso escribir un abultado volumen.

"Además, ¿no cree usted que ni material ni espiritualmente, no es conveniente desnudarse en público?

"Bueno es tener una parte exotérica, pero bueno es guardar para los iniciados nuestra doctrina esotérica.

"Para usted, mujer intelecual y de corazón, yo no tendría secretos; para lo que hemos convenido en llamarle gran público los tendré siempre. Como estas confesiones que usted solicita están destinadas al gran público de un periódico, me permitirá usted que hable por parábolas. Ya sabe usted lo que dijo Jesús a sus discípulos.

"Aparte estas consideraciones, aunque yo quisiera ser sincero, ¿dónde estaría mi sinceridad? Al rebuscar dentro de nosotros mismos es difícil hallarla. La conciencia interna nos huye en la corriente de nuestros pensamientos. Como decía aquel buen señor, invitado a recorrer un admirable bosque: Sí, es muy hermoso todo esto, pero con los árboles no se ve el bosque.

"Tampoco soy yo de esos hombres que han tenido la buena suerte o la desgracia de adormecerse al pie de la primera idea grata a su inteligencia. Mi inquietud espiritual es inquietante: yo no diré nunca que he llegado, voy siempre.

"Los conoceréis por las obras. Yo no sé si por las mías podrá conocerse lo que yo pienso de esos problemas por los que usted me pregunta. Cada obra es una linterna de nuestro espíritu, como el Universo es una linterna del Espíritu al manifestarse en cada una de sus obras y aún

en la obra total.

"¿Que hay un más allá? ¿Quién puede dudarlo? Si no lo hubiera, lo habría, lo habrá. . . . Dios es, porque ha de ser: A nosotros ha de manifestarse, y como por él somos, por nosotros ha de ser él. Sí, Dios es el hijo del hombre.

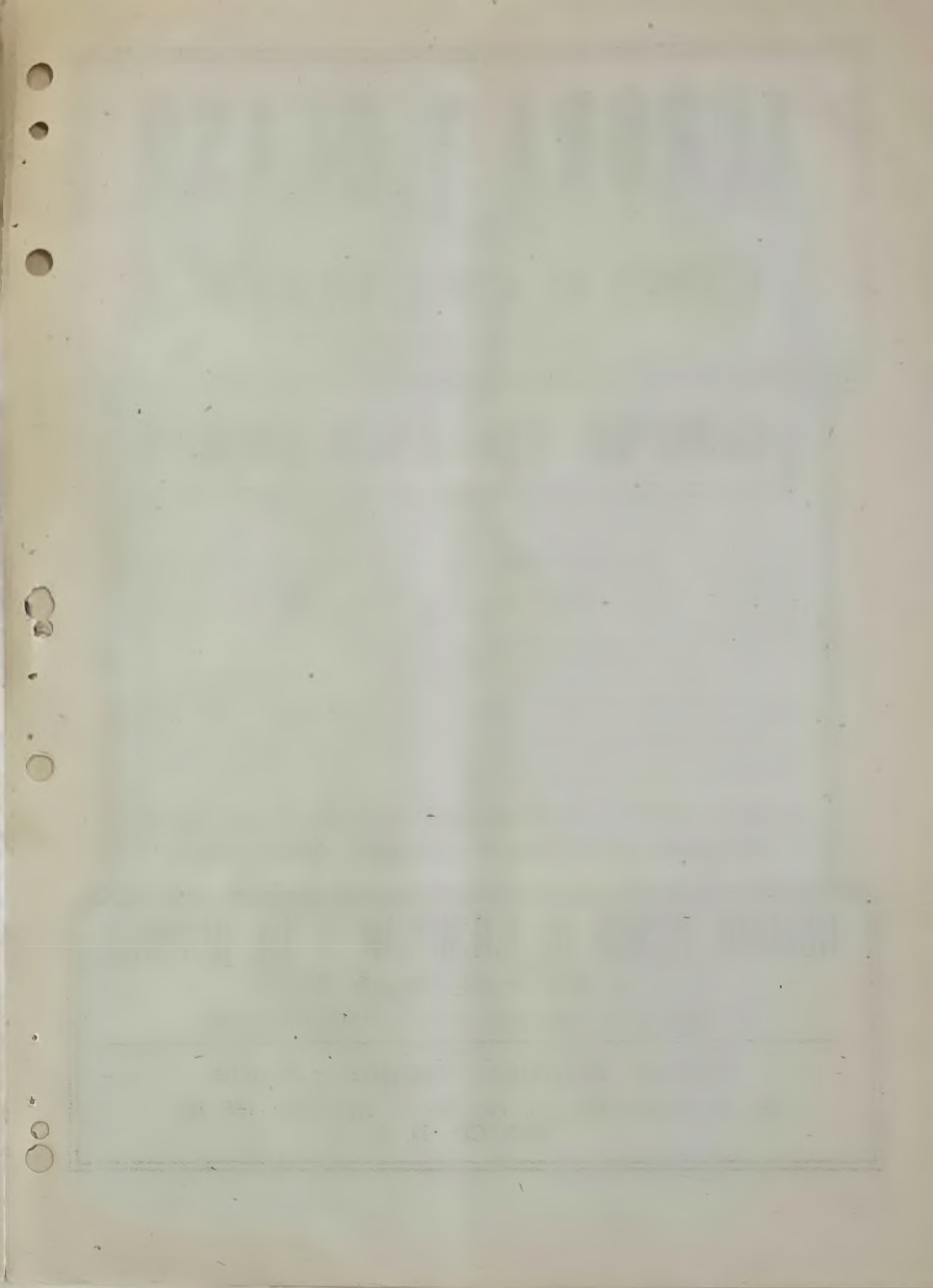
"Del hipnotismo, poco puedo decir a usted. Mis conocimientos sobre la materia son puramente líricos. De espiritismo he asistido a curiosas experiencias, y algún día con más detenimiento publicaré mis observaciones, que sólo tendrán de bueno el ser en absoluto imparciales y desinteresadas. Diré con Segismundo: "Supuesto que sueño fué, no diré lo que soñé; lo que ví, Clotilde, sí."

"Por la Teosofía siento tan grande amor, que acaso enturbie mi entendimiento. Pero, en fin. ¡Bendita la obscuridad de los lechos nupciales! Es amor y es castidad.

"Esto es cuanto puedo contestar de prisa y corriendo, apremiado por nuestro buen amigo Roso de Luna, maestro de todos. Es suyo muy atento admirador y amigo.—JACINTO BENAVENTE.

Aquí están, lector, las contestaciones que el maestro de maestros, Jacinto Benavente, ha dado a mis preguntas. Todas ellas llevan la marca de su ingenio. ¿Cómo mi modestia las puede comentar? De ningún modo. Los conceptos, hermosos por todo, no pueden admitir, no ya una apcstilla, sino ni aún la sombra de ella. Pero permítaseme una aclaración en lo que se refiere a la Teosofía. Cuando se siente un verdadero amor por la Teosofía, no se enturbia el entendimiento por el amor, que es la suprema sabiduría, es precisamente el que, aunque sólo sea por intención, da diafanidad de maravilla. La Teosofía no sólo necesita que se la ame, sino que también talentos privilegiados, que mentalidades únicas, como la de Jacinto Benavente, sean los encargados de dirigirla. ¡Ah, si todos los que se dedicasen a esta clase de estudios fueran como Jacinto Benavente!

ANGELES VICENTE.



AURORA Y OCASO

✎ POR ✎

CIRO B. CEBALLOS.

¡ COMPRE UD. ESTE LIBRO !

Es muy interesante, contiene la historia completa e imparcial de la REVOLUCION DE TUXTEPEC, que determinó la caída de Don Sebastian Lerdo de Tejada, la revolución clerical llamada de los CRISTEROS, la revolución de Manuel Lozada (EL TIGRE DE ALICA), también la revolución que en nombre de una irrisoria legalidad acaudilló Don Jose María Iglesias, contribuyendo al derrocamiento del mencionado Presidente Constitucional.

Contiene un relato verídico sobre el plagio en el país.

Otro no menos interesante sobre la esclavitud así en Yucatán como en Chiapas.

La cuestión religiosa que determinó la expulsión tanto de los Jesuitas como las hermanas de la caridad está estudiada también con puntual detenimiento.

Las famosas batallas de "El Jazmín", "Icamole", "Epanla", "Tecoac", "Las Antónias", etc., etc., están así mismo relatados con toda minuciosidad, comprobando los hechos con importantísimos documentos oficiales.

La obra no solamente es de entretenimiento sino de consulta, sobre todo para las personas que se ocupan de las cuestiones políticas mexicanas,

CUATRO PESOS EL EJEMPLAR A LA RUSTICA

!!! 980 PAGINAS !!!

Un trabajo de esa importancia no puede adquirirse más barato.

Editor: Manuel Vargas Ayala.

2a. de Nuevo México, No. 49. Apartado 138 Bis.

MEXICO, D. F.